
LAS MIGRACIONES GERMÁNICAS Y EL FIN DEL IMPERIO EN OCCIDENTE

Introducción.

Fuentes.

1. La crisis del Bajo Imperio.
2. Los pueblos “bárbaros” antes de las invasiones.
3. Los hunos y la primera invasión germánica.
4. Las grandes migraciones.
 - 4.1. Suevos, vándalos y alanos.
 - 4.2. Los “bárbaros” en el norte de la Galia y Gran Bretaña.
5. El final del Imperio de Occidente.
6. Los reinos bárbaros hasta su declive.
 - 6.1. Vándalos.
 - 6.2. Visigodos.
 - 6.3. Francos.
 - 6.4. Ostrogodos.
 - 6.5. La Heptarquía anglosajona.
 - 6.6. Longobardos
7. Las formas de asentamiento y las relaciones romano-germánicas.
 - 7.1. Integración o aislamiento.
 - 7.2. La lenta fusión entre romanos y bárbaros.
 - 7.3. La economía.

Bibliografía.

Actividades. Propuesta de ampliación de conocimientos.

Textos para comentar.

Introducción

Este primer tema está planteado como lazo de unión entre la materia que se estudia en la asignatura de Historia Antigua y los contenidos de Historia Medieval propiamente dicha. La transición de las civilizaciones antiguas a las medievales, en Occidente, viene marcada por la penetración de las tribus germánicas en el Imperio Romano.

Antes de iniciar el estudio de las distintas oleadas de las grandes migraciones del siglo V, es conveniente profundizar en la historia política del Imperio Romano en esa misma época, su fraccionamiento y las características de su organización militar, así como sus relaciones con los germanos desde el siglo II d.C. Después, se debe realizar una aproximación al mundo germano en los siglos III al V, para comprender el desarrollo de las migraciones. La mejor manera de enfrentarse a este extenso tema es consultando uno o varios mapas y realizando esquemas de las distintas oleadas.

Tras las migraciones, los pueblos bárbaros se fueron estableciendo en el occidente europeo con un sistema político de reinos que fragmentaron las tierras del antiguo imperio. En este tema se estudiarán sus características comunes y los rasgos principales de su evolución, reino por reino. También de forma conjunta se analizarán los principales rasgos económicos y sociales del occidente bárbaro.

Fuentes

Las primeras noticias sobre diversos pueblos germánicos nos vienen proporcionadas por autores latinos que tuvieron contacto directo con ellos. El primero y principal fue **Julio César** (100 a.C.-44 a.C.) que escribió los *Commentarii de bello Gallico* o *Guerra de las Galias*, escritos en siete libros. Aportan numerosos datos y noticias sobre diversos pueblos de la Galia y Germania. En segundo lugar tenemos al escritor **Cayo Cornelio Tácito** (54-120) que escribió sobre las costumbres de los germanos en sus *Historias*, al que debemos numerosas noticias sobre la vida cotidiana de los germanos de su época.

Debemos citar aquí a san **Agustín** (354-430) y su *De civitate Dei* (*La ciudad de Dios*), apologética contra los autores paganos que atribuían la caída del Imperio Romano a la difusión del cristianismo. También es importante esta obra ya que en ella desarrolla su teoría providencialista de la Historia, que marcó el pensamiento medieval.

Sobre los **visigodos** y **suevos** el principal historiador de los invasores de Hispania es **Paulo Orosio** (383?-420?), escritor hispano que huye de la Península ante el avance de los vándalos, refugiándose en el norte de África. Tiene una concepción “providencialista” de la Historia, en la que Dios premia o cas-

tiga a los pueblos con arreglo a su comportamiento. Escribió la *Historiarum adversos paganos libri VII*, especialmente interesante para los años del 378 al 417. Cronista de primer orden es también el obispo gallego **Idacio** o **Hidacio** (400?-469?), que muy bien puede ser considerado nuestro primer cronista nacional. Escribió la *Continuatio Chronicorum Hyeronimianorum* o *Continuación de las Crónicas de san Jerónimo*, de especial interés para los años que van del 450 al 468. El obispo de origen godo, **Juan de Biclario** (540-621), abad del monasterio catalán que lleva su nombre y obispo de Gerona, escribió un *Chronicon*, que va del 567 al 589, con valiosa información del reinado de Leovigildo. Historiador de primer orden para la España visigoda es san **Isidoro de Sevilla** (560?-636) que, además de sus famosas *Etimologías*, la obra más citada por los intelectuales de los siglos medievales, escribió la *Historia Gothorum, Wandalorum et Suevorum*, en tres partes independientes, siguiendo en las dos últimas a los autores antes citados. La primera parte empieza con el famoso *De laude Spaniae*, himno de fervorosa admiración por Hispania en el que exalta su clima, sus frutos y su belleza. Finalmente tenemos que mencionar también al historiador latino **Jordanes** (s.vi) que en el año 550 escribió, *De origine actibusque Getarum* o *Sobre el origen y hechos de los Godos*, inspirándose en la obra perdida de **Casiodoro** (490?-580?), *Historia Gothorum*.

Sobre los **merovingios**, el principal historiador es el obispo **Gregorio de Tours** (538-594), que escribió en diez libros una *Historia Francorum*, que es la fuente principal para el conocimiento de la Francia merovingia. Usa un latín lleno de barbarismos aunque muy vivaz. De menor importancia, aunque poseedor de un latín mucho más brillante, es el monje **Próspero de Aquitania** (390?-455?) que escribió un *Chronicon* especialmente valioso para los años 425-455. Señalemos finalmente a **Fredegario** o **Pseudo Fredegario** (?-660?). Se conoce con este nombre, desde el siglo xv, al autor anónimo que escribió, hacia el 658, una *Chronica*, que recoge los años 586-642, especialmente interesante para el final de la monarquía merovingia y para el reino de Borgoña.

Para los **ostrogodos** nuestras fuentes principales proceden de Bizancio. El historiador principal es **Procopio de Cesarea** (500?-565?) que escribió la *Historia de las guerras de Justiniano contra persas, vándalos y godos* (ostrogodos). Es testigo de primera mano, ya que acompañó al general Belisario en dichas contiendas.

Para los **anglos, sajones y jutos**, nuestra fuente principal, aunque un poco tardía, es el monje anglosajón san **Beda el Venerable** (673-735), autor de la *Historia ecclesiastica gentis anglorum* o *Historia eclesiástica de los anglos*, magna obra comparable a las de san Isidoro de Sevilla, san Gregorio de Tours o Pablo Diácono. De gran importancia, aunque no tan digna de fiar, es la *Crónica Anglosajona*, escrita a finales del siglo ix en inglés antiguo, compilando noticias de otras obras. Se conservan nueve copias, alguna de las cuales añade datos hasta el siglo xii.

1. La crisis del Bajo Imperio

Algunos escritores latinos como Séneca, Floro y, especialmente, Amiano Marcelino, escritor este último del siglo IV, tenían una concepción biológica de la Historia y compararon la existencia del Imperio Romano con la vida del hombre. Así decía Amiano Marcelino en sus *Historias*, 14.1.6.: *Este pueblo (Roma) desde su nacimiento hasta el final de su niñez...soportó guerras en torno a sus murallas...en la adolescencia, cruzó los Alpes y el mar. Llegada ya la juventud y la madurez...trajo laureles y triunfos...en la vejez, venciendo a veces gracias a su fama, se retiró a una vida más tranquila...y ahora el nombre del pueblo romano es honrado y respetado*. Pero este mismo autor percibía ya la decadencia de Roma y la achacaba a la desidia de sus gobernantes, al hedonismo de su población y a la presencia en sus fronteras y en su ejército de numerosos pueblos “bárbaros”. Su diagnóstico era acertado y apuntaba en una doble dirección: descomposición interna y peligros exteriores, haciendo buena la sentencia de que: *no se puede conquistar un gran imperio si antes éste no se ha destruido a sí mismo*.

Desde el siglo III asistimos a una crisis imparable que lentamente va minando el majestuoso edificio del Imperio. Diocleciano, Constantino y Teodosio intentaron frenarla con sus reformas pero no lo consiguieron ya que una fiscalidad pesada ahogaba a los más humildes; los impuestos se pagaban tarde y mal, y los grandes propietarios senatoriales controlaban la vida social y económica y suplantaban al Estado en sus dominios, obligando a las clases medias y bajas a acogerse a la protección de un poderoso para escapar al fisco y buscar un protector. En todas partes la sociedad se jerarquiza y el hijo sucede al padre, tanto en las magistraturas como en el campo. Los colonos son adscritos a la tierra y corren su misma suerte. Se estableció un régimen de castas que logró retrasar la crisis, tal como había previsto Diocleciano, pero no evitarla, ya que la crisis era no sólo política sino productiva, social y financiera.

Desde mediados del siglo III los problemas se agudizan también en los confines del Imperio, especialmente en las fronteras del Rin y del Danubio. Los pueblos “bárbaros”, que se van organizando políticamente, realizan incursiones en el Imperio, lo que pone de manifiesto su debilidad. Las ciudades empiezan a fortificarse e incluso Roma, bajo Aureliano, se ciñe de imponentes murallas, visibles aún hoy día. La sociedad se ruraliza, por lo que las ciudades pierden importancia. Por todas partes asistimos a un creciente empobrecimiento, aunque éste es más perceptible en occidente que en oriente. A pesar de todo, la unidad monetaria se mantiene con la creación por Constantino del *solidus* de oro que sería adoptado también, en los primeros tiempos, por las monarquías germánicas.

Diocleciano quiso, en vano, salvar un mundo que ya se encontraba en ruinas e intentó solucionar la dificultad que entrañaba regir un imperio tan vasto, que se extendía desde el norte de África hasta Gran Bretaña y desde Hispania

hasta el Eufrates, creando junto a él la figura del “Augusto” a la que añadió, poco después, la de otros dos “Césares”, representados en la escultura de pódido que podemos ver en el exterior de la basílica de San Marcos de Venecia. El abandono de Roma como residencia del emperador, que se veía preterida por Tréveris, Milán o Rávena, fue otro de los síntomas de la crisis que atenazaba al Imperio. Constantino con una decisión audaz, que hizo de él un gran innovador, concibió y apostó por la unión que representaba el cristianismo y el poder de la política. Su apuesta, aunque no salvó el Imperio de Occidente, mediatizó el futuro de Europa. Paradójicamente, la fundación de Constantinopla (324) sobre las ruinas de la antigua ciudad griega de Bizancio y el traslado de las principales magistraturas del Imperio a dicha ciudad, que fue consagrada solemnemente el 11 de mayo del 330 como la “Nueva Roma”, aceleró todavía más el hundimiento de la parte occidental del Imperio. A lo largo de todo el siglo IV la monarquía cristianizada, excepto el breve periodo del emperador intelectual Juliano, figura no inferior a la de Marco Aurelio, sufrió altibajos en la detención de la crisis. En el 395, a la muerte de Teodosio, el Imperio se divi-



Figura 1.1. Puerta Norte del palacio de Diocleciano en Spalatum (actual Split), capital de Dalmacia, desde el que gobernó el Imperio Oriental (siglo IV) (©R. Echevarría).

de definitivamente en dos: Oriente, bajo la gobernación de Arcadio, y Occidente, bajo la de su hermano Honorio. Todos estos hechos, hábilmente aprovechados por los Papas, como veremos más tarde, contribuyeron a afianzar su poder y prestigio, al tiempo que mermaba el de los emperadores. La Iglesia post-constantiniana con su presencia capilar en la sociedad, especialmente en las ciudades, contribuyó a establecer un dualismo imbricado de poder, entre la religión y la política, que caracterizará la historia de Occidente durante todos los siglos medievales.

Aparentemente nos encontramos ante una estructura majestuosa e impresionante. El emperador es un monarca absoluto y su corte causa admiración en cuantos la visitan. Desde el 392, el cristianismo es la religión oficial del Imperio. La Iglesia adquiere de día en día un papel fundamental en la vida del mismo, aunque la antigua religión, oficialmente proscrita, se mantiene en las zonas rurales (*pagus*). Su estructura administrativa será un calco de la del Estado y, poco a poco, lo irá sustituyendo en aquellos lugares en los que su acción va declinando. En el siglo V los cristianos son mayoría en el Imperio y los emperadores ven en el cristianismo un factor de cohesión del mismo, aunque, muchas veces, serán víctimas de sus disputas teológicas y tendrán que adherirse a una determinada facción enfrentándose a la rival. Cuando se produzca el desastre de Adrianópolis (378) donde perdió la vida el emperador Valente o el saqueo de Roma por Alarico (410), serán varios los autores paganos que achaquen el origen de estos males a la difusión del cristianismo y al abandono de la cultura romana y la religión tradicional, tal como había denunciado hacia el 178 el intelectual pagano Celso en su obra *Contra los cristianos*. La interpretación de San Agustín de que Roma fue grande mientras practicó las virtudes morales que la hicieron grande en épocas pasadas, y de que sus pecados actuales le habían atraído la cólera divina, impregnó toda la historiografía medieval y abrió el camino a un tipo de Historia, desconocido hasta entonces por los romanos, en el que Dios se inmiscuía en la vida de los hombres y en el que las victorias o derrotas eran el resultado del comportamiento moral de los hombres.

Si el cristianismo, que se presentaba como una religión de salvación, podía contribuir a reforzar el Imperio, como pensaron Constantino y sus sucesores, el ejército, por el contrario, podía contribuir a debilitarlo. En los primeros siglos, el ejército imperial estaba compuesto fundamentalmente por soldados romanos, provenientes de todo el Imperio, pero desde la época de Constantino y, especialmente, de Teodosio, se van integrando en él elementos bárbaros, debido a la extensión del *limes* y al hecho de que los romanos podían librarse de ellos mediante el pago de un rescate en metálico. Esta solución era bien vista por los emperadores y la apoyaron sin reserva ya que eso les permitía contratar directamente las tropas que les interesaban y en los lugares donde se necesitaban. Teodosio favoreció la presencia masiva de “bárbaros” en sus ejércitos en calidad de *foederati*. Los elementos más destacados alcanzaron las más altas magistraturas militares (Estilicón, Aécio), interviniendo y condicio-

nando muchas veces la política y la sucesión al trono. Se calcula que, en el momento de las invasiones, el ejército romano estaba compuesto por unos doscientos mil efectivos repartidos por todo el *limes*. Francos, godos, burgundios, sármatas... de todo menos romanos. Roma, sin darse cuenta, había puesto su suerte en las manos de sus invasores.

Italia y Roma, en particular, emprendieron su rápido declive y pagaron el precio más alto con la desaparición del Imperio de Occidente. La ciudad, que en sus momentos de máximo esplendor había superado el millón de habitantes, en los siglos altomedievales vio reducida su población a unos diez mil, diseminados entre las imponentes ruinas del pasado. Una visión de tal naturaleza llevó a exclamar a Ildebrando de Levardín, obispo de Le Mans, entre los siglos XI y XII: *Aunque te encuentres en ruinas, Roma, nada es comparable a ti y, aun estando reducida a fragmentos, muestras cuan grande fuiste cuando estabas entera.*

Desde el siglo XVIII hasta hoy, grandes historiadores como Eduardo Gibbon, Hipólito Taine Miguel Rostovcev o Andrés Piganiol no han parado de preguntarse cómo fue posible la decadencia y el colapso de aquel gran aparato que fue el Imperio Romano.

2. Los pueblos “bárbaros” antes de las invasiones

El papel que los llamados pueblos “bárbaros”, especialmente los germanos, tuvieron en el nacimiento de Europa, siempre ha sido uno de los temas fundamentales de la moderna historiografía. Mientras que los historiadores del área mediterránea hablan de “invasiones bárbaras”, los centroeuropeos, especialmente los alemanes, las definen como “migraciones de pueblos”. Pueblos de “nobles salvajes”, tal como los definió Tácito, en torno al año 10 d.C., en su *Germania*, que llevaban una vida simple y no contaminada por la cultura urbana.

El término “bárbaro” es de origen griego y con esta palabra se pretendía definir a toda persona “extranjera”. En sus orígenes tuvo un valor neutro, aunque pronto adquirió uno de desprecio y negación. Se construyó una imagen estereotipada de individuos salvajes, cuasi bestias que habitaban en chozas, cubiertos de pieles, sucios y malolientes. Guerreros feroces que comían carne y bebían sangre, imbuidos de un terrible furor bélico, aunque indisciplinados y de escasa resistencia psicológica en la batalla, frente a los disciplinados ejércitos romanos. Frente a estos rasgos negativos, los autores clásicos destacaban la moralidad de sus costumbres, la fidelidad conyugal y el desprecio de los espectáculos y el lujo, virtudes todas ellas que habían practicado los romanos de los tiempos primitivos.

Casi todo lo que hoy conocemos de los diferentes pueblos “bárbaros”, procede de los escritores clásicos, latinos y griegos, aun cuando, gracias a la arqueología, nuestra visión hoy se ajusta más a la realidad. Salvo algunas inscripciones rúnicas, breves y enigmáticas, no poseemos ninguna fuente escrita directa. El único texto germánico escrito es la traducción de la Biblia que en el siglo IV hizo el obispo visigodo Ulfila, y que el rey ostrogodo Teodorico hizo copiar en un lujoso códice, el *Codex argenteus*, de Upsala. Este obispo inventó un nuevo alfabeto que sustituyera las antiguas runas germánicas, compuestas en su origen de 24 caracteres, con los que se grababan sobre madera, piedra o metal inscripciones de tipo místico-religioso o conmemorativas.

Beda el Venerable (siglo VIII) y el longobardo Paulo Diácono (siglo VIII), al escribir la historia de sus pueblos lo hicieron en latín. Los primeros textos germánicos, no fragmentarios, proceden de Inglaterra (siglo VII), entre los que hallamos algunas leyes y el famoso poema épico *Beowulf*. A partir del siglo VIII los encontramos también entre los francos.

El *limes* (frontera) del Imperio Romano se extendía a lo largo de varios miles de kilómetros. Aunque en muchos lugares estaba fortificado y protegido por numerosas torres de defensa, en muchos otros era fácilmente permeable debido al abandono y a los escasos medios de que se disponía para su defensa. Tras de él estaban apostados numerosos pueblos, algunos de los cuales eran hostiles al Imperio. Todos estos pueblos recibían el apelativo de *barbari* (bárbaros), aún cuando el grado de “civilización” variaba enormemente de unos a otros y en algunos casos (persas sasánidas) era de idéntica o superior calidad que la del propio Imperio. La arqueología ha confirmado que el *limes* no separaba mundos diversos y cerrados y que los *barbari* no eran tan distintos, salvajes e incomprensibles como nos los describen los autores clásicos. Las fronteras eran permeables y a través de ellas pasaban noticias, ideas, modas, mercancías y hombres. Las tumbas halladas de guerreros bárbaros nos muestran que éstos usaban objetos de plata y vidrio, así como armas de origen romano. Roma, primero, y Constantinopla después, constituían grandes polos de atracción sobre los que gravitaban las élites de los diferentes pueblos bárbaros y, a partir del siglo III, de numerosos guerreros que hacían su carrera militar en los ejércitos romanos, hasta alcanzar los más altos cargos militares. El ejército romano podía ofrecer dinero y honores a miles de *barbari*, lo que nunca podrían obtener en sus casas, y que los situaba en un plano superior al resto de sus connacionales, al tiempo que se iba creando entre ellos una sociedad cada vez más militarizada. Tanto amigos (*foederati*) como enemigos del Imperio, cuando éste no pueda ofrecerles lo que esperaban de él, tratarán de obtenerlo por su cuenta a lo largo de los siglos IV-VI.

En la frontera oriental (Éufrates) se encontraban los persas, un enemigo de gran envergadura que utilizaba los mismos métodos de combate y que en varias ocasiones buscó la sincronía en sus ataques con otros pueblos bárbaros. Otro tanto podemos decir de los eslavos que, aunque en este momento no represen-

taban un peligro inminente, eran un enemigo en potencia, y constituían un mundo prácticamente desconocido para los romanos. El Imperio de Oriente heredará estos enfrentamientos, y allí estudiaremos su evolución.

En las costas del Mar del Norte encontramos establecidos los anglos y sajones. En la península de Jutlandia y en la desembocadura del Elba, los jutos y frisones, y en Gran Bretaña e Irlanda los pictos y escotos. Todos estos pueblos se hallaban en la Edad del Hierro, poseían una organización tribal, formaban federaciones de clanes, más o menos unidos, y sus razias asolaban las costas romanas de Britania y la Galia. En la desembocadura del Rin, encontramos a los francos; entre el Rin y el Danubio, a los alamanos (*all Maine* = todos los hombres) y en el Danubio medio, los quados y marcomanos. Todos ellos eran paganos y componían una sociedad de soldados y campesinos.

Junto al Elba se asientan pueblos mejor estructurados, con reyes a la cabeza y practicantes del arrianismo. Se trata de burgundios, vándalos y lombardos. Tras el Danubio, en las llanuras rumanas y rusas, se hallan los visigodos y ostrogodos que, tras un largo aprendizaje junto a los alanos, se han convertido en expertos jinetes. Estos dos últimos son los bárbaros más evolucionados por su contacto con el Imperio de Oriente. Finalmente, en las fronteras romanas de África, encontramos diferentes pueblos beréberes que no representaban ningún peligro importante.

3. Los hunos y la primera invasión germánica

Hemos mencionado antes la *Germania* de Tácito en la que nos transmite datos sobre la vida y las costumbres de los germanos, pero, ¿existió alguna vez un pueblo que se llamase “germano”? El primero en utilizar este nombre fue Julio César. Hasta entonces para los romanos solamente existían en Europa dos grandes grupos de pueblos bárbaros: los celtas, que habitaban las selvas de la Galia, de Britania y de Europa central, y los escitas, que habitaban las estepas de la Europa oriental. Cuando César conquistó la Galia se dio cuenta de que más allá del Rin existían otros pueblos de costumbres más primitivas que las de los galos. A esa región la llamó Germania. Ésta se hallaba limitada en el oeste por el Rin, al norte por el Báltico, al este por el Vístula y al sur por el Danubio. Todos los pueblos que vivían en esta zona fueron denominados “*germani*”. Si tenemos en cuenta esta clasificación geográfica reduccionista, quedan fuera los pueblos godos (visigodos y ostrogodos) que, desde el siglo III, estaban establecidos cerca del Mar Negro y el bajo Danubio. Por este motivo modernamente se ha acudido a una clasificación basada en la lingüística, con lo que el término “germano o germánico” se aplica a un mayor número de pueblos.

Todos estos pueblos que hemos citado se hallan situados tras el *limes* y muchos de ellos mantienen un contacto fluido con el Imperio, mediante rela-

ciones comerciales y sirviendo como soldados. Podemos decir que, aún cuando mantenían una continua presión sobre el *limes*, no representaban, excepto en algún momento, un peligro inminente para el Imperio. La falta de coordinación entre ellos y la fascinación que Roma ejercía, tal como nos relata Amiano Marcelino, hacía que todo se mantuviera en equilibrio.

Este estado de cosas cambió cuando hizo su aparición en la escena un pueblo extraño, venido de las estepas del Asia Central, los hunos. Se trataba de un pueblo de nómadas, de corta estatura, que no practicaba ningún tipo de agricultura. Hábiles jinetes, pasan la vida a caballo, cuyas técnicas dominan, y gozan de una extraordinaria movilidad frente a la lentitud de maniobra de las legiones romanas. Su hogar lo constituyen las grandes tiendas de pieles y fieltro montadas sobre sus carros. Desprecian la vida urbana y siembran el terror por donde pasan. Según Amiano Marcelino “*más parecen animales bípedos que seres humanos*”. La presión que ejercerán los hunos sobre los primeros pueblos germánicos que encontrarán a su paso desencadenó un efecto dominó que cambiaría radicalmente el *statu quo* existente hasta entonces en el Imperio Romano.

A principios de nuestra era los hunos estaban asentados en las estepas del mar de Aral y del lago Baikal. Sin que sepamos bien el motivo, en el siglo IV, se ponen en movimiento hacia Occidente, rodeando el mar Caspio por el norte, empujando a los alanos hacia el oeste. Tras cruzar el Don, derrotan a los ostrogodos (374) que, a su vez, desplazan a los visigodos hacia la frontera del Danubio. Los visigodos, en parte romanizados y de religión arriana, cruzaron el Danubio (376) y se instalaron en la Mesia (Bulgaria), tras pactar un *foedus* con el emperador Valente que implicaba su establecimiento como campesinos, su sometimiento a las leyes romanas, y servir con sus armas en el ejército imperial. Nunca antes había entrado en el Imperio un contingente tan numeroso de bárbaros (unos 70.000). Los problemas surgieron inmediatamente por la dificultad de avituallar a tan ingente población y por la incompetencia de los gobernadores romanos encargados de las relaciones con los recién llegados. Estallaron las revueltas y el emperador Valente que se hallaba en Antioquía tuvo que volver rápidamente a Constantinopla. Falto de tropas, sin esperar los refuerzos que su colega Graciano traía desde la Galia, presentó batalla a los visigodos, el 9 de agosto de 378, siendo completamente derrotado y perdiendo la vida en el campo de batalla. Los visigodos pactaron con el emperador Teodosio un nuevo tratado (382) estableciéndose en la Mesia Inferior como *foederati*. Con este primer establecimiento de bárbaros dentro del Imperio se iniciaba una nueva estrategia que sería continuada por el emperador Constancio III (421) y por los generales Estilicón (408) y Aecio (454).

Tras la muerte de Teodosio (395), Alarico I, rey de los visigodos, reclamó a Arcadio el título de *magister militum* y al serle negado amenazó a Constantinopla. El emperador no tuvo más remedio que considerar la nueva amenaza y le otorgó el título de *magister militum per Illiricum*, dirigiéndolo hacia allí.

En 401 invadió el norte de Italia siendo rechazado por el vándalo Estilicón, general del joven Honorio. El asesinato de Estilicón (408), víctima del recelo antigermánico, y el establecimiento de Honorio en Rávena, defendida por sus pantanos, dejaron libre a Alarico el camino hacia Roma, que compró su retirada mediante el pago de un fuerte rescate (408). Ante una nueva negativa de Honorio a concederle un asentamiento dentro del Imperio, Alarico se presentó ante las puertas de Roma y, tras cercarla, fue tomada y saqueada el 24 de agosto de 410. El saqueo de la ciudad, excepto las basílicas de San Pedro y San Pablo, supuso una gran conmoción en todas las mentes de la época y anunciaba el fin de una era. Alarico murió poco tiempo después, tras dirigirse hacia el sur de Italia, en un intento de pasar al norte de África a fin de establecer a su pueblo allí. Su sucesor Ataúlfo reemprendió el camino hacia el norte y en el 412 entró en la Galia. Su matrimonio con Gala Placidia, hermana de Honorio, hizo que su poder se inclinara hacia éste en la lucha que el emperador mantuvo contra el usurpador Jovino.

4. Las grandes migraciones

4.1. *Suevos, vándalos y alanos*

La presión de los hunos había obligado a los alanos a desplazarse hacia las llanuras de Hungría, donde se hallaban asentados los vándalos asdingos. Tras intentar cruzar el Danubio (401) defendido por las tropas de Estilicón, avanzaron hacia el Rin arrastrando a los vándalos silingos y suevos que se hallaban asentados sobre el Maine. El 31 de diciembre del 406 estos pueblos atravesaron el Rin por Maguncia, escasamente defendido por los francos ripuarios, que se hallaban establecidos allí como federados. Recorrieron y saquearon la Galia, desprovista de tropas imperiales desde que Estilicón las había retirado para defender Italia de los ataques de Alarico (401). Tras un lento avance por la Galia, recordemos que se desplazaban con sus mujeres, hijos y toda clase de impedimenta y ganados, saquearon la Aquitania y se dirigieron a Hispania, atravesando los Pirineos en el otoño del 409. Los historiadores Orosio e Hida-cio nos han dejado en sus escritos las vicisitudes del establecimiento de estos pueblos en España. Tras llegar a un acuerdo con los representantes del emperador (411), los suevos y vándalos asdingos se asentaron en Galicia y norte de Portugal; los alanos en la Lusitania y la Cartaginense, y los vándalos silingos en la Bética que, a raíz de este hecho, cambiaría su nombre por Andalucía.

El incumplimiento de los pactos por parte de estos pueblos, y los numerosos saqueos que llevaron a cabo, hizo que el Imperio encargara al rey visigodo Valia que entrara en la Península y sometiera a dichos pueblos. Tras varias

campañas logró someter a los vándalos silingos y a los alanos. Los supervivientes encontraron refugio en Galicia junto a suevos y vándalos asdingos. De esta forma gran parte de la Península volvía de nuevo al dominio teórico de Roma. Para alejar a los visigodos de España, tras sus campañas, fueron acantonados en Aquitania (418), estableciendo su capital en Tolosa. Tras la marcha de los visigodos, los vándalos asdingos y los alanos, al mando de Gunderico, se apoderaron de la Bética y, tras aprender en pocos años las técnicas náuticas, se apoderaron de las Baleares y cruzaron el Estrecho (mayo del 429) iniciando la conquista de África, a sangre y fuego, al mando de Genserico. Según el escritor Víctor de Vita, que narró los hechos unos 70 años después, los bárbaros que cruzaron el Estrecho fueron unos 70.000. En el asedio de la ciudad de Hipona (430-431) murió su obispo san Agustín. Mediante un *foedus* (435), Genserico entró al servicio del Imperio estableciéndose en la Numidia. Tras romper este pacto conquistó Cartago, Sicilia y Cerdeña. Roma tuvo que aceptar los hechos consumados y para apaciguar los ánimos se acordó el matrimonio de Eudoxia, hija mayor de Valentiniano III con Hunerico, hijo de Genserico. Mientras que otros pueblos bárbaros federados reconocían la ficción del Imperio, Genserico no lo hizo constituyéndose de esta manera el primer reino independiente, al reconocerlo así el emperador Zenón en 474.

4.2. Los “barbaros” en el norte de la Galia y Gran Bretaña

Rota la frontera del Rin (406) todo el norte de la Galia quedó expuesto al avance de los pueblos situados tras la misma. De los varios pueblos que la cruzaron hay que destacar a los francos, divididos en *salios* y *ripuarios* o *renanos*. Los *salios* se extendieron por las costas de Holanda y norte de Bélgica, hasta Cambrai, siendo fijados en esa zona por Aecio en calidad de federados. Establecieron su capital en Tournai, donde murió y fue enterrado su rey Childerico. Los francos *ripuarios*, que habían sido fijados en el Rin Medio, zona de Bonn y Colonia, empezaron a moverse hacia el año 407 y, tras cruzar el Rin, se extendieron por el valle del Mosela, Alsacia y el Palatinado, donde los encontramos asentados desde mediados del siglo v. Hay que señalar que los francos fueron el único pueblo bárbaro que no perdió contacto con su lugar de origen a diferencia del resto de pueblos, que recorrieron el Imperio de parte a parte.

Los burgundios, que se hallaban instalados en la orilla derecha del Rin, ante la presión de los hunos, se dirigieron hacia Occidente siendo vencidos por Aecio en 436, muriendo en la batalla su rey Gúnther, y fueron establecidos en la Saboya francesa hacia el 443. La muerte del rey está narrada en el poema épico los *Nibelungos* aunque los hunos que allí aparecen fueron en realidad parte de las tropas al mando de Aecio.

Por lo que a Gran Bretaña se refiere, hay que señalar que la presencia romana en dicha isla siempre fue débil y no se extendió por toda ella sino que alcan-

zó únicamente hasta el Muro de Adriano, que recorría el norte de mar a mar permaneciendo tras él los pueblos celtas (pictos, escotos y caledonios). Las últimas tropas romanas abandonaron la isla en 407 cuando el usurpador Constantino, en su enfrentamiento con el emperador Honorio, las trasladó a la Galia. La población bretona, de suyo pacífica, se vio sobrepasada tras la llegada de celtas y escotos, procedentes de Irlanda, que ocuparon la costa occidental desde Cornualles hasta Escocia, y por germanos (anglos, sajones y jutos) procedentes de Dinamarca, que ocuparon la costa oriental. Las continuas masacres de bretones por parte de los invasores, provocaron su emigración hacia la actual Bretaña francesa, perdiéndose en la isla todo rastro de ocupación romana.

Otro territorio que se perdió definitivamente para el Imperio fue la Panonia (Hungría), que estaba ocupada por los ostrogodos desde que en 380 el emperador Teodosio I permitió que se instalaran allí. Tras su derrota en 451, los ostrogodos se dirigieron a la Mesia, siendo ocupada Panonia por los gépidos que se instalaron allí hasta que éstos a su vez fueron vencidos por ávaros y lombardos.

5. El final del Imperio de Occidente

Venimos hablando de los hunos como los causantes de este gran movimiento de pueblos que comenzó, en la frontera del Danubio, con los visigodos. A finales del siglo IV los hunos estaban instalados en las llanuras de Ucrania y Rumanía. Aún cuando bandas de hunos entraban de cuando en cuando en el Imperio, su relación con Arcadio y Estilicón y, más tarde, con Aecio, fue buena. De hecho sabemos que contingentes de hunos servían como mercenarios en los ejércitos romanos. Aecio, que había sido educado en la corte del rey huno Rugila, los conocía bien. Hacia el 405 entraron en Hungría y desalojaron a los vándalos asdingos, ocupando sus territorios. Para aplacarlos, Teodosio II les pagaba un tributo anual de 350 libras de oro. En el año 446 Atila asesinó a su hermano Bleda y quedó como rey único. Sus correrías por la parte oriental del Imperio fueron constantes. Posteriormente reclamará en matrimonio a Honoria, hermana del emperador Valentiniano III, y exigirá la mitad del Imperio. Entró en negociaciones con el rey visigodo Teodoredo, establecido en Tolosa, a fin de formar una pinza entre ambos para acabar con el Imperio. Los hunos de este periodo no se parecían a aquellos que 50 años antes describiera Amiano Marcelino ya que el contacto con pueblos de cultura superior los había refinado. Atila tenía a su servicio a germanos, griegos y romanos. Su secretario era el romano Orestes, padre del último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, y su embajador era Edeco, padre de Odoacro. Alguien ha dicho que Atila era más diplomático que guerrero.

En la primavera del 451 cruzó el Rin y se apoderó de Metz, Reims y Troyes y puso sitio a Orleáns. El general Aecio, al frente de un ejército de bárba-

ros, entre los que se encontraban, entre otros reyes bárbaros, el vándalo Genserico y el visigodo Teodorico I, lo derrotó en los *Campi Mauriaci o Catalaunici*, a unos 20 kilómetros de Troyes, donde murió el rey visigodo. Atila se retiró a sus bases, y al año siguiente volvió a la carga arrasando Aquilea, Verona y Vicenza, llegando a las puertas de Milán y Pavía. El emperador Valentiniano III, sintiéndose poco seguro en Rávena, se trasladó a Roma. Atila desistió de avanzar hacia el sur de Italia. Una embajada romana, al frente de la cual figuraba el papa León I, compró la retirada de Atila de Italia a cambio de un gran tributo. Atila murió, mientras dormía, en el 453. La figura legendaria del *flagellum Dei* (el azote de Dios) fue cantada en los poemas épicos *Waltharius*, *Cantar de los Nibelungos* y *Edda*: Su imperio, presa de las luchas por la sucesión entre sus hijos, entró en crisis y desapareció al poco tiempo. Los pueblos sometidos (gépidos, ostrogodos y sármatas), recobraron su libertad. Los restantes hunos se establecieron en las llanuras al norte del Mar Negro, divididos en cutrigures y utrigures, hasta su completa aniquilación por los ávaros en el siglo VI.

Valentiniano III, celoso de los triunfos de Aecio, temiendo verse despojado del trono, lo asesinó con sus propias manos (454). Seis meses después el emperador caía asesinado a manos de un soldado de Aecio (455). El Imperio de Occidente entró en una lenta agonía que hizo que hasta nueve emperadores se sucedieran en el trono hasta que el 4 de septiembre de 476 el *magister militum* Odoacro depuso al joven Rómulo Augústulo, desterrándolo a Campania con una buena pensión. Remitió las insignias imperiales al emperador Zenón de Oriente, significándole que con un único emperador en Oriente y con un *magister militum* en Occidente, era suficiente. En realidad, el único poder de la antigua Roma subsistía únicamente en Oriente. Desconocemos si hubo alguna reacción por parte de los contemporáneos ante el gesto de Odoacro y todo parece indicar que éstos aceptaron el hecho como algo natural. Volvía a haber un solo emperador y un solo Imperio. Hemos sido nosotros quienes, magnificando tal hecho, hemos otorgado a tal fecha el valor simbólico de concluir la edad antigua y abrir la época medieval ya que el Imperio de Occidente hacía mucho tiempo que había desaparecido y lo que quedaba de él era pura ficción.

6. Los reinos bárbaros hasta su declive

6.1. Vándalos

Las luchas dinásticas y las persecuciones religiosas, marcaron los destinos del reino vándalo hasta su final. Los vándalos, convertidos en hábiles marinos, dominaron el norte de África desde Ceuta hasta la Tripolitania, las Baleares,

Córcega, Cerdeña y Sicilia. Los sucesores de Genserico, fervientes arrianos y antirromanos, mandaron al destierro a numerosos católicos, al tiempo que confiscaban sus tierras, desatando crueles persecuciones contra obispos y sacerdotes. La llegada al trono de Hilderico (523), nieto de Genserico y de Valentiniano III, favorable a un entendimiento con los católicos y de una aproximación a Constantinopla, desató la reacción del bando opuesto capitaneado por Gelimero, que lo depuso y encarceló (530), dando lugar a la intervención de Justiniano, lo que supuso el final de dicho reino (ver tema 2).

6.2. Visigodos

Tras la muerte de Teodorico I en los *Campi Mauriaci* (451), sus hijos se hicieron con el poder y los visigodos fueron extendiendo por la Galia su política expansionista al tiempo que, como federados, intervenían en Hispania para



Figura 1.2. Mapa del reino suevo.

frenar a los suevos de Galicia. Eurico (466) es el rey más importante de este periodo tolosano. En su política de expansión ocupó toda la Provenza hasta los Alpes, y se lanzó a la conquista de la Tarraconense, ocupando Pamplona y Zaragoza. A su muerte (484) el reino visigodo se extendía a ambos lados de los Pirineos, pero su arrianismo los enfrentaba a sus súbditos católicos, galos e hispanos. La ocupación de Aquitania, Aubernia y Provenza despertaron el recelo y el apetito de francos y burgundios. De esta manera el joven e inexperto Alarico II, hijo de Eurico y yerno del ostrogodo Teodorico el Grande, se vio enfrentado a los francos de Clodoveo que lo vencieron y mataron en la batalla de Vouillé, lugar cercano a Poitiers, en el año 507. La pronta intervención de los ostrogodos retrasó la caída del reino tolosano. La continua presión expansionista de los francos hizo que los visigodos fueran trasladándose a España, ocupando progresivamente la Tarraconense y la Bética. Los mayores asentamientos se dieron en la submeseta norte (*campi gothorum* o Tierra de Campos), ya que ha sido en las provincias castellanas de Burgos, Palencia y Valladolid donde se han encontrado numerosas necrópolis del siglo VI.

Hasta los reinados de Leovigildo (568) y su hijo Recaredo (586) no adquirieron los visigodos el pleno dominio de la Península, tras incorporar el reino suevo (585), recobrar gran parte de la Bética de manos bizantinas y lograr la unidad religiosa, tras la conversión al catolicismo, en el III Concilio de Toledo (589). Sólo desde este momento se puede hablar de una monarquía nacional que logró unir en un mismo ideal a visigodos e hispanorromanos y como tal será considerada e idealizada a lo largo de la Edad Media española. El llamado *morbo gótico*, el asesinato de los reyes para alcanzar el trono, y las luchas entre la nobleza, darán al traste con este reino cambiando el curso de nuestra historia, en el año 711.

6.3. *Francos*

Los francos *salios*, que vimos en páginas anteriores asentados en el norte de Bélgica, tras enterrar a su rey Childerico en Tournai (481), eligieron por rey a su hijo Clodoveo, que fue el verdadero fundador del reino franco. Su primer objetivo fue acabar con la presencia de las tropas romanas en la Galia al frente de las cuales se hallaba Siagrio, al que derrotó en 486, tomando su capital Soissons, ocupando a continuación todo el territorio situado entre el Somme y el Loira, frontera este último con el reino visigodo. Después le tocó el turno a los alamanos que, situados entre Basilea y Besanzón, iban extendiéndose hacia el norte (Alsacia-Lorena, Baden-Württemberg y baja Baviera) a costa de los francos *ripuarios*. Fueron derrotados en Tolbiac (496) quedando unidas, desde entonces, las dos ramas de los francos. En el año 500 infligió una gran derrota a los burgundios, que dominaban Borgoña, Saboya, Suiza y el norte de la Provenza.

El pagano Clodoveo jugó su baza maestra con su conversión al catolicismo. Fue bautizado por san Remigio, el 25 de diciembre de 498 o 499, convirtiéndose en el primer rey bárbaro que abrazó el catolicismo. Los obispos católicos y los galorromanos que estaban bajo el dominio visigodo, vieron en él su salvación. Su campaña contra los visigodos se convirtió así en una guerra de liberación. Cuando muera en París (511), habrá sellado un sólido pacto entre los francos vencedores y la población galorromana, y así lo recogen sus cronistas. Con su conversión al catolicismo Clodoveo favoreció la plena integración entre francos y galorromanos, afianzó sus conquistas y se inició la transformación de la Galia en Francia. Sus hijos sometieron a los burgundios (523), turingios (531), alamanos (536) y bávaros (555). Clotario I se había convertido a su muerte (561) en el monarca bárbaro más poderoso de Europa, extendiendo sus dominios por la Galia, excepto Septimania, en poder de los visigodos, y Germania. Su reino iba desde el Mar del Norte hasta el Mediterráneo, y desde el Atlántico hasta el Rin.

6.4. Ostrogodos

Los ostrogodos, tras la muerte de Atila, habían quedado acantonados (483) en la Mesia Inferior al mando de su rey Teodorico que pertenecía a la familia real de los Amalós. Éste, conocía perfectamente la corte de Constantinopla ya que había estado allí, como rehén, durante diez años. A la muerte del emperador León apoyó la candidatura de Zenón, que lo colmó de honores y lo envió a Italia (488), como *magister militum praesentialis* y cónsul, para deshacerse de Odoacro, cosa que consiguió asesinandolo en un banquete (493). Los ostrogodos se asentaron en el norte de Italia siguiendo el régimen de la *hospitalitas*, mediante el cual obtuvieron la tercera parte de los grandes dominios rurales.

Teodorico respetó siempre la ficción imperial y acuñó sus monedas con la imagen del emperador. Fue un gran admirador de la civilización romana y dejó su administración en manos de romanos (Casiodoro, Boecio). Pretendió ejercer su influencia sobre el resto de pueblos bárbaros para lo que utilizó una hábil política matrimonial. Su reino se extendía desde el Ródano hasta el Danubio, incorporando toda Italia y parte de Panonia y Dalmacia. En materia religiosa, aún cuando era arriano, siguió siempre una política de tolerancia hacia los católicos, lo que le granjeó la simpatía del Papado. Hizo de Rávena la capital del reino y allí levantó palacios e iglesias (San Apolinar Nuevo, su mausoleo, etc.). Sus últimos años estuvieron ensombrecidos por los problemas religiosos, una víctima de los cuales fue Boecio que, durante su estancia en presidio, escribió la obra *De consolazione Philosophiae*. A pesar de ello, la Historia le ha otorgado el título de *Grande*. A su muerte (526) le sucedió su nieto Atalarico, ocupando la regencia su madre Amalásunta, que no supo continuar la labor de Teodorico, por lo que fue víctima de una conjura nacionalista capitaneada por

su primo Teodato al que desposó y asoció al trono. A pesar de ello fue encarcelada en una isla del lago de Bolsena después de haber solicitado el amparo de Justiniano. Su muerte (535) justificó la intervención bizantina y la desaparición del reino (562), tras numerosos años de luchas que arruinaron Italia y que hicieron que entrara a formar parte del Imperio Bizantino.

6.5. La Heptarquía anglosajona

El establecimiento y conquista de Gran Bretaña por anglos, sajones y jutos, durante la segunda mitad del s. V, tras la retirada de los contingentes romanos a principios de dicho siglo, nos es bastante desconocido, ya que el narrador de la misma, Beda *el Venerable*, escribió su *Historia Anglorum* en el siglo VIII. La primitiva población celta parcialmente romanizada, los bretones, emigró a la Bretaña francesa o se refugió en la región de Gales y Cornualles, siendo prácticamente exterminada en el resto de la isla. Los bretones habían sido cristianizados poco tiempo antes mientras que los invasores eran paganos, por lo que entre ambos grupos se erigía un foso infranqueable.

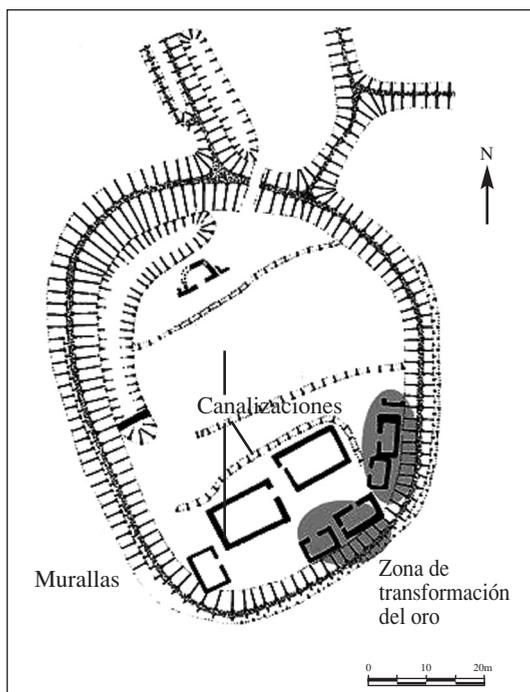


Figura 1.3. Plano del yacimiento minero de Lochnan (Irlanda).

Este época se conoce con el nombre de Heptarquía, ya que fueron siete los reinos principales que se formaron: Sússex, Éssex y Wéssex (sajones); Anglia del Este, Mercia y Northumbria (anglos) y Kent (jutos). La figura descollante de algunos reyes hizo que, ocasionalmente, alguno adquiriera una supremacía temporal sobre los demás por lo que se le reconoció el título de *bretwalda*. La famosa tumba del siglo VII de Sutton Hoo, con su rico ajuar expuesto en el Museo de Londres, ilustra perfectamente el poder y la riqueza de estos *bretwalda*.

Hasta su conversión al cristianismo (hacia el año 600), en tiempos de san Gregorio Magno, los anglosajones estuvieron al margen de las corrientes políticas y culturales del resto de Europa.

Irlanda nunca había sido ocupada por los romanos. Sus habitantes, los *scotos*, eran paganos. En el siglo IX grupos de escotos irlandeses sometieron a los pictos del norte de Gran Bretaña, donde fundaron un reino y dieron nombre a la actual Escocia.

Las paradojas de la Historia nos llevan a considerar que, mientras en *Britania* el cristianismo fue barrido con la llegada de los paganos anglosajones, la pagana Irlanda se transformará en uno de los principales focos de difusión del mismo durante la alta Edad Media. El cristianismo de matriz celta y anglosajona, con san Patricio como primer impulsor, tendrá en la Europa central, durante los siglos VI al VIII, más influencia que la propia acción evangelizadora de la Iglesia romana.

6.6. Longobardos

Tenemos que dar cabida en este tema a los longobardos aun cuando su establecimiento en Italia se producirá tras la desaparición del reino ostrogodo. Los longobardos, tal como nos cuenta su principal historiador, Paulo Diácono, era un pueblo germánico que hasta el s. I estaba asentado en el área báltica. El vacío ocasionado en la Europa centro-oriental tras las primeras oleadas bárbaras, fue rápidamente aprovechado por los longobardos que fueron estableciéndose en dicha zona, encontrándolos asentados en Panonia (Hungría) como *foederati*, en el siglo VI. Tras la caída de los ostrogodos el Imperio Bizantino, que temía la expansión de los francos por el norte de Italia, no opuso ninguna resistencia ante la entrada de los longobardos, capitaneados por su rey Alboíno (569), en dicha zona. Ante el vacío de poder que se encontraron y el estado de ruina general de Italia, tras los pasados años de guerra bizantino-ostrogoda, se expandieron rápidamente por las zonas interiores de Toscana, Umbria (donde crearon el ducado de Espoleto), y Campania (donde crearon el ducado de Benevento). Estos dos ducados gozaron de una total autonomía respecto a los reyes, hecho que contribuyó a la larga a debilitar el

reino. Los bizantinos redujeron su presencia a la zona del Exarcado de Rávena, la Pentápolis, el Lacio y el sur de Italia, es decir zonas a las que la flota podía llegar con facilidad.

Los papas de Roma vieron con preocupación esta expansión de un pueblo, que además era arriano, que ponía en peligro la efectiva autonomía de la que gozaba respecto a Constantinopla. Las relaciones mejoraron en la época de la famosa reina Teodolinda (m. 628), de la que conservamos un interesante intercambio epistolar con el papa Gregorio Magno. A fin de normalizar las relaciones jurídicas con sus súbditos italo-romanos el rey Rotario promulgó un famoso *Edicto* (643) o código de leyes a aplicar sólo a sus súbditos longobardos, mientras que el resto se regía por el Derecho romano. La monarquía al ser electiva adoleció de los mismos males que la visigoda y numerosos reyes murieron de forma violenta. El monarca principal fue Liutprando (m. 744), que inició una política de centralización del poder real, frente a los ducados de Benevento y Espoleto, que alarmó al Papado, haciendo que éste estrechara sus relaciones con los francos, único poder en ascenso que podía garantizar su independencia frente a los longobardos, primero y los bizantinos, después.

7. Las formas de asentamiento y las relaciones romano-germánicas

El Imperio Romano venía practicando desde hacía mucho tiempo el sistema de la *hospitalitas* por el cual proporcionaba alojamiento, en la casa de un romano, y manutención, a cargo de la *annona* (avitallamiento) militar, a los diversos contingentes bárbaros enrolados en sus ejércitos en calidad de *foederati* o auxiliares. El problema se agravó cuando fueron, no sólo unos cuantos cientos de soldados los que había que atender, sino pueblos enteros, con sus jefes a la cabeza, compuestos de miles de hombres, mujeres, niños, esclavos, ganados, etc., los que entraban en los territorios del Imperio en virtud de los *foedus* o tratados de alianza pactados con ellos a cambio del servicio de armas. Los almacenes militares no estaban en condiciones de satisfacer esta demanda y, por otra parte, hubiera sido bastante difícil recolectar *in situ* víveres para abastecer a varias decenas de miles de personas. Surgió así la idea de instalar a estos *foederati* en tierras, y nada mejor que los grandes latifundios para solucionar el problema, mediante la institución de la *hospitalitas*.

Se acordó el reparto de tierras, casas, siervos, animales, útiles de labranza, etc., en proporción variable según las zonas y el tipo de explotación. Sabemos que este sistema se aplicó a los burgundios (tierras entre Lyon y Ginebra), visigodos (Aquitania y en los *Campi gothorum* de Hispania, Tierra de Cam-

pos) y ostrogodos (zona de Pavía). La *Lex Burgundionum* (517), es la más explícita. Por ella sabemos que el *hospes* (huésped) bárbaro se quedaba con 2/3 de la llamada *terra indomnicata* (tierras cultivadas por los colonos del latifundio a cambio de una renta) y con 1/3 de la *terra dominicata* (la tierra mejor del latifundio, que controlaba directamente el propietario y que se encontraba más cerca de su residencia). El resto del latifundio compuesto de bosques, pastos, zonas incultas, etc., se aprovechaba al 50% entre las dos partes. Los lotes así obtenidos recibieron diversos nombres: *sortes gothorum*, *tertia romanorum*, etc., que dieron lugar a una variada toponimia en los lugares donde se aplicó.

Este reparto de tierras, se efectuó cuando había un tratado entre el Imperio y un pueblo bárbaro. Los vándalos, en la zona de Cartago, y los lombardos, en las llanuras del Po, expropiaron violentamente las tierras a sus propietarios y los expulsaron de las mismas. Otro tanto hicieron los anglos, sajones y jutos con los bretones, mientras que los francos, alamanos y bávaros, se establecieron en vastos espacios casi sin población.

En cuanto al número de bárbaros que entraron en el Imperio, es difícil de precisar. Por las excavaciones efectuadas, los topónimos y las fuentes de la época, podemos aventurar que alcanzaría el 5% de la población total. Para España se calcula que el número total de suevos podría alcanzar los 25.000, el de visigodos de 100 a 150.000 y el de vándalos y alanos unos 60.000. Teodorico resguardó dentro de las murallas de Pavía a toda la población ostrogoda, lo que nos pone de manifiesto que su número no podía ser muy elevado, tal vez unos 50.000.

7.1. Integración o aislamiento

La debilidad numérica de los invasores hizo que vivieran agrupados a fin de no diluirse entre la población conquistada. La prohibición de los matrimonios mixtos, dictada por los emperadores Valentiniano y Valente, fue renovada por visigodos y ostrogodos que vieron en ella una medida útil para salvar su propia identidad.

Al principio la lengua fue uno de los elementos diferenciadores aunque pronto observamos que, empezando por las clases altas, el latín se introdujo con bastante rapidez entre ellos. Al verse inmersos en una cultura superior, fueron muchos los reyes que tuvieron preceptores y secretarios romanos. En las cortes se utilizó muy pronto el latín, y las órdenes, leyes y reglamentos se escribieron en esa lengua. Por regla general podemos decir que allí donde la romanización había impregnado la sociedad, las lenguas germánicas no tuvieron fuerza, por el contrario prosperaron donde aquella fue débil (Inglaterra, norte de Francia, Alemania).

Otro elemento diferenciador fue el Derecho. Los pueblos bárbaros se regían por leyes orales y el procedimiento judicial se confiaba a expertos (*rachimburgos*). En algunos pueblos, la venganza privada (*faida*) estaba regulada, aunque pronto se acudió a la compensación económica (*wérgeld*) a fin de evitar la cadena de muertes que generaba aquella. Todo tipo de daños corporales estaba tasado, y su valor variaba según la calidad de las personas y el daño causado. El acusado podía probar también su inocencia mediante el juramento, apoyado por cierto número de co-jurados (conjurados), o acudiendo a la prueba de la *ordalía* que consistía en salir indemne del agua caliente, el hierro candente, etc., así como también al duelo judicial. Este tipo de justicia, tan elemental, nada tenía que ver con la complejidad del sistema romano y con la amplia compilación de leyes romanas: *Código Teodosiano* (438) y *Código Justiniano* (529).

Al ir en aumento los litigios entre romanos y bárbaros se acudió al principio de “personalidad” de las leyes frente al de la “territorialidad” de las mismas, propio del derecho romano. Todo esto motivó que pronto se pusieran por escrito las leyes de los distintos pueblos bárbaros y, para que fueran comprendidas por todos, se redactaron en latín, excepto las anglosajonas. De esta forma cada pueblo tuvo sus propias leyes: los visigodos, el *Código de Eurico*; los merovingios, la *Ley Sállica* (510); los francos, la *Ley Ripuaria*; los Burgundios, la *Ley de Gundobaldo*; los lombardos, el *Edicto de Rotario*, etc. La población de origen romano se regía por sus propias leyes, especialmente el *Codex Theodosianus* (438). En el reino visigodo estuvo vigente, la *Lex Romana Visigothorum* o *Breviario de Alarico II* (506); entre los ostrogodos, el *Edictum Theodorici regis* (461) y entre los burgundios, la *Lex Romana Burgundionum*. Con la lenta pero continua fusión entre la población de origen romano y los distintos pueblos germánicos, prevaleció el principio de la “territorialidad” de las leyes aplicándose la misma ley, indistintamente, a todos los habitantes del reino. En España fue el rey visigodo Recesvinto quien, a mediados del s. VII, promulgó el famoso *Liber Iudiciorum* (*Libro de los Jueces* o *Código de Recesvinto*), compuesto por 12 libros con gran influencia del Derecho Romano. El *Liber Iudiciorum* estuvo vigente en los reinos españoles medievales, durante muchos siglos. En la Baja Edad Media fue traducido con el nombre de *Fuero Juzgo*.

Otro factor importante de diferenciación entre romanos y bárbaros, fue la religión. La mayoría de los pueblos bárbaros profesaba el arrianismo (visigodos, ostrogodos, vándalos), y algunos de ellos el paganismo (francos, anglos, sajones y jutos). Salvo contadas ocasiones los bárbaros arrianos se mostraron tolerantes con sus súbditos católicos, excepto los vándalos que los persiguieron violentamente. La diferencia religiosa fue invocada por el franco Clodoveo, recién convertido al catolicismo, para justificar su lucha contra el arriano Alarico II y conquistar la Aquitania; por Justiniano, para justificar sus conquistas frente a vándalos y ostrogodos, y por Leovigildo para conquistar el reino suevo. Recaredo logró la unidad religiosa de España

en el III Concilio de Toledo (589), y Recesvinto, la jurídica al promulgar el *Liber Iudiciorum*, promulgado después del 654.

7.2. La lenta fusión entre romanos y bárbaros

El mayor peso y desarrollo de las instituciones romanas, hizo que, en un principio, en las zonas de mayor densidad romana (Aquitania, Septimania, Bética) se ejerciera una atracción de lo romano sobre lo bárbaro. Ya hemos señalado que, por lo general, los reyes bárbaros fueron muy respetuosos con las instituciones romanas y tomaron funcionarios romanos a su servicio. Teodorico hizo renacer el Senado y nombró cónsules. Fue, sin duda alguna, el monarca que mejor asimiló y aprovechó la situación administrativa que había encontrado a su llegada. Los ejemplos de los italo-romanos Casiodoro y Boecio, tomados a su servicio, ilustran bien cuanto decimos. En las ciudades junto al *comes* (conde) romano, se nombró un conde godo. Visigodos y ostrogodos imitaron el ceremonial bizantino y antepusieron a su nombre el *Flavius*, típico de los emperadores romanos. En líneas generales podemos afirmar que en las ciudades continuó funcionando un sistema básico de administración, que no fue modificado ni sufrió cambios radicales en su funcionamiento, especialmente en lo referente al pago de los impuestos por la población de origen romano. La clase dirigente romana asumió la tarea de representar a la antigua población ante las nuevas autoridades, especialmente el obispo de cada ciudad que, por lo general, pertenecía a la misma. El sistema de reparto de tierras al que se había acudido hizo que en el campo la situación fuera parecida. La clase dirigente germana, dedicada al ejercicio de las armas y a la defensa del reino, adquirió grandes posesiones fundiarias continuando con el sistema establecido en las antiguas villas romanas. Podemos decir, parafraseando a Casiodoro, que mientras a los germanos estaba reservada la *custodia civilitatis* a los antiguos romanos les correspondía el *templum civilitatis*.

Donde observamos una clara discrepancia fue en la interpretación que dieron a la noción romana de *res publica*, ya que los monarcas bárbaros consideraron el reino como una propiedad privada, con la que podían hacer lo que quisieran, incluso fragmentarlo, como hizo Clodoveo al dividir el reino merovingio entre sus cuatro hijos.

En algunos pueblos (francos) se impuso muy pronto el principio hereditario y todos sus reyes pertenecieron a la familia de Meroveo, de ahí el nombre de la dinastía “merovingia”, mientras que en otros (visigodos) el principio electivo pugnó con el hereditario, acudiendo muchos monarcas visigodos a los concilios para confirmar su legitimación. En los primeros tiempos el título del monarca hace referencia a su pueblo, no a un territorio, y de esta forma se titulan: *rex Gothorum*, *rex Francorum*, *rex Burgundionum*, etc. El monarca es el único que tiene el poder de mando (*ban*) y de él emana la fuerza de protección de los débiles (*mund*), de claro origen pagano.

7.3. La economía

El proceso de ruralización iniciado en el Bajo Imperio, se acelera con las invasiones hasta el punto de considerarse la explotación de la tierra como la única fuente de riqueza. El asentamiento de los bárbaros no hizo sino reforzar el sistema agrario romano, y la toponimia nos lo corrobora. El gran dominio agrícola de época romana, la *villa*, fue el predominante. Su extensión oscilaba entre las 2.000 y 4.000 hectáreas. Constaba de dos partes: el *ager* o tierras cultivadas, en el que se encuentra la casa del propietario, las cabañas de los siervos y colonos y los almacenes, y el *saltus* o tierras incultas, bosques, lagunas, etc. Junto a estas villas romanas o grandes latifundios, encontramos también el *manso*, que eran las unidades de explotación familiar de entre 5 y 10 hectáreas. En los lugares fácilmente defendibles y en los cruces de los caminos se hallan los *vici* y *burg* donde se practica el comercio local.

La antigua ciudad romana (*civitas*), rodeada de murallas, continúa existiendo, aunque lleva una vida lánguida. Convertida en centro administrativo y sede del poder religioso, en ella reside el *comes* y el *episcopus* y mantiene una cierta actividad comercial y artesana. Durante los siglos V y VI, tanto en el sur de Francia, como en España, Italia y norte de África, reconquistada ya esta última por los bizantinos, las ciudades continúan siendo el eje ordenador de la actividad económica de su área de influencia y sede de la administración, tanto civil como eclesiástica, ya que en ellas residen los descendientes de las familias senatoriales provinciales y el obispo que, por lo general pertenece a aquellas familias. La actividad comercial es ejercida, por unos cuantos mercaderes judíos, y los llamados en los textos *transmarini negotiatores* (griegos y sirios), que proveen de artículos de lujo y esclavos a las clases acomodadas. El comercio mediterráneo a través de Rávena, Marsella o Barcelona, aunque muy disminuido, no ha cesado. En cuanto a la moneda, el *nomisma* bizantino es el patrón que imitan los reyes bárbaros, aunque va siendo sustituido por el *tremissis*, 1/3 de su valor, claro síntoma del declinar del comercio. Hasta los años 570-80 ningún monarca establecido en las tierras del antiguo Imperio Romano se atreverá a acuñar monedas de oro con su nombre. Serán los monarcas visigodos (Leovigildo) los primeros en hacerlo, seguidos después por los merovingios, respetando siempre el valor ponderal de la moneda bizantina.

Bibliografía

Anderson, P.: *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*. Madrid: Siglo XXI, 1995. 9ª edición.

Arce, J.: *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*. Madrid: Alianza, 2005.

- Bonnassie, P.: *Del esclavismo al feudalismo en Europa occidental*. Barcelona: 1993.
- Bravo Castañeda, G. (coord.): *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa*. Madrid, 2001.
- Brown, P.: *El mundo en la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*. Madrid: Taurus, 1989.
- Cameron, A.: *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía 395-600*. Barcelona: 1998.
- Castellanos, S.: *Los godos y la cruz. Recaredo y la unidad de España*. Madrid: Alianza, 2007.
- Depeyrot, G.: *Crisis e inflación entre la Antigüedad y la Edad Media*. Barcelona, 1996.
- Fouracre, P. y Gerberding, R.: *Late Merovingian France: history and hagiography, 640-720*. Manchester: Manchester University Press, 1996.
- García Moreno, L. A.: *La construcción de Europa. Siglos V-VIII*. Madrid: Síntesis, 2001.
- *Historia de España visigoda*. Madrid: Cátedra, 1998. 2ª edición.
- Gasparri, S.: *Prima delle nazioni. Popoli, etnie e regni fra Antichità e Medioevo*. Roma, 1997.
- (ed): *Il regno dei Lombardi in Italia*. Archeologia, società e istituzioni. Spoleto, 2004.
- Gibbon, E.: *Decadencia y caída del Imperio Romano*. Ed. Atalanta. 2012.
- Gil Egea, Mª E.: *África en tiempos de los vándalos: continuidad y mutaciones de las estructuras sociopolíticas romanas*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 1998.
- Goffart, W.: *Narrators of Barbarian History*. Princeton, 1988.
- Innes, M.: *State and society in the early Middle Ages. The Middle Rhine Valley, 400-1000*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- Little, Lester K. y Barbara H. Rosenwein (eds.): *La Edad Media a debate*. Madrid: Akal, 2003.
- MacKitterick, R.: *La Alta Edad Media: Europa 400-1000*. Barcelona: Crítica, 2003.
- Mazzarino, S.: *Stilicone. La crisi imperiale dopo Teodosio*. Milán, 1990.
- Musset, L.: *Las invasiones. Las oleadas germánicas*. Barcelona, 1973.

- Orlandis, J.: *Historia del reino visigodo español. Los acontecimientos, las instituciones, la sociedad, los protagonistas*. Madrid: Rialp, 2003.
- *Historia de España. La España visigótica*. Madrid, Gredos, 1977
- Pampliega, J.: *Los germanos en España*. Pamplona: Eunsa, 1998.
- Piganiol, A.: *Historia de Roma*. Buenos Aires, 1974.
- Ripio, G. y Gurt. J.M.: *Sedes regiae (ann.400-800)*. Barcelona, 2000.
- Rostovcev, M.: *Storia económica e sociale dell'impero romano*. Florencia, 1965.
- Sanz Serrano, Rosa: *Las migraciones bárbaras y la creación de los primeros reinos de Occidente*, Madrid: Síntesis, 1995.
- Thompson, E.A.: *Los godos en España*. Madrid: Alianza, 1971.
- Valverde, M^a. R.: *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda: un proceso de cambio*. Salamanca: Universidad, 2000.
- Walbank, F.W.: *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente*. Madrid, Alianza, 1982.
- Wickham, C.: *Una nueva historia de la Alta Edad Media*. Barcelona: Crítica, 2008.
- Wood, Ian: *The Merovingian Kingdoms, 450-751*. Londres-Nueva York: Longman, 1994.
- Wolfram, H.: *Storia dei Goti*, Roma, 1985.
- Zecchini, G.: *Aezio: l'ultima difesa dell'Occidente romano*. Roma, 1983.

Actividades. Propuesta de ampliación de conocimientos

Mapas

- Duby, G.: *Atlas histórico*, pp. 34-38, 108.
- Echevarria, A. y Rodríguez, J. M.: *Atlas histórico de la Edad Media*, pp.32-45.
- Kinder, H. y Hilgemann, W.: *Atlas histórico mundial. I. De los orígenes a la Revolución francesa*, pp.113-123.
- Makkay, A. y Ditchburn, D.: *Atlas de Europa Medieval*, pp.13-19, 24.
- Mestre Campí, J.: *Atlas de la Reconquista*, p. 7.
- VV. AA.: *Atlas histórico de España*, I, pp. 62-65, 151.

Textos y documentos

Falcón, I. y otros: *Antología de textos y documentos de Edad Media. I El Occidente europeo*. Valencia: Anubar, 1976.

– Texto nº 3. *Elogio de la dominación bárbara por Salviano*.

Kaplan, M. (dir): *Edad Media, siglos IV-X*. Granada: Universidad de Granada, 2004.

– *La Italia de Teodorico*, p. 33.

– *Elogio del bárbaro, de Salviano de Marsella*, pp. 40-41.

– *El sistema de hospitalidad de la Ley Burgundia*, p.42.

Mitre, E. y Lozano, A.: *Análisis y comentarios de Textos Históricos. I. Edad Antigua y Media*. Madrid: Alhambra, 1978.

– *Batalla de los campos Cataláunicos. Jordanes. Historia de los godos*. p.140.

Riu, M. et al.: *Textos comentados de época medieval (ss. V al XII)*. Barcelona: Teide, 1975 (1ª ed.), 1982 (2ª ed.).

– Texto 4.1. *La obra de Teodorico*.

Textos para comentar

Algunas costumbres de los germanos

Me uno a quienes piensan que los pueblos de Germania, al no haber sido infectados por matrimonios con ninguna otra nación, han conseguido constituirse en una raza propia, pura y semejante solo a sí misma; de ahí que su físico, en tanto ello es posible para un tan gran número de hombres, sea el mismo para todos: ojos fieros y azules, pelo rubio y cuerpos grandes y capaces de esfuerzos momentáneos.

Escogen a los reyes por su nobleza, y a los caudillos por su valor.

Entonces, en el mismo concilio (asamblea), alguno de los nobles, o el padre, o sus parientes, arman al joven con el escudo y la frámea; ésta es para ellos su toga, éste es el primer honor para su juventud.

En la batalla es una vergüenza para el señor ver su valor superado, y para los seguidores no adecuarse al del señor. Pero lo realmente infame para ellos es retirarse del combate sobreviviendo al mismo.

Es sabido que las tribus germanas no habitan ciudades, como nosotros, y ni siquiera aguantan que sus casas estén juntas unas a otras.

Su vestido habitual es un sayo sujeto con una hebilla o con una púa: sin otro abrigo, se pasan el día bajo el techo, al amor del hogar.

Fijar de antemano el número de hijos o matar a un agnado se considera criminal, más valen allí las buenas costumbres que aquí las leyes buenas.

Es necesario asumir tanto las enemistades del padre, cuanto sus amistades.

Pero no insisten en su implacabilidad, pues hasta el homicidio puede resolverse con un cierto número de cabezas de ganado menor y mayor, y el clan se da por satisfecho.

No acumulan ni vestidos ni perfumes sobre la pira; cada cual yace con sus armas, y a las llamas de alguno se le añade su caballo. Erigen su sepulcro bajo un túmulo de césped. Consideran que honrar ese monumento con adornos recargados es pesado para el difunto.

(Los catos): cuando comienzan su adolescencia, se dejan la barba y el pelo largos, y solo tras matar a un enemigo se exoneran de ese adorno facial y lo consagran y ofrecen a su valor. Los cobardes e ineptos permanecen barbados.

Tácito Cornelio. *Germania*. Estudio preliminar, texto latino, traducción y notas de Juan Luis Posada. Cuenca: Aldebarán, 2011, pp. 38, 49-51, 54, 56, 61 y 67.

Los godos cruzan el limes y vencen al emperador Valente

En el año décimo tercero del emperador Valente, es decir, poco después de haber llevado a cabo el emperador la destrucción de las iglesias y la matanza de los santos por todo el oriente, la raíz de nuestras miserias dio de súbito fruto abundante. La nación de los hunos, aislada durante mucho tiempo por montañas inaccesibles, fue poseída por un repentino odio por los godos y los obligaron a abandonar sus antiguas moradas en el mayor desorden. Los godos pasaron, en su huida, el Danubio, y fueron recibidos por Valente sin ajustar pacto alguno ni requerir de ellos incluso la entrega de sus armas a los romanos para estar más seguros de los bárbaros. A causa de la intolerable avaricia del general Maximino, el hambre y las vejaciones, los godos se sublevaron y vencieron al ejército de Valente y se dispersaron por toda la Tracia, dejando tras de sí un reguero de sangre, fuego y rapiña...

Así, pues, Valente, en el décimo quinto año de su gobierno, se vio envuelto, en Tracia, en una guerra calamitosa con los godos, entonces bien preparados en el ejercicio de sus armas y con abundantes recursos. El inesperado ataque de los godos sembró la confusión entre los escuadrones de la caballería roma-

na, dejando sin protección alguna a la infantería, la cual fue completamente cercada por la caballería goda. Las legiones, castigadas con un torrente de dardos, fueron presa del pánico y empujadas por veredas desconocidas, siendo totalmente aniquiladas a golpes de espada y lanza de los perseguidores. El propio emperador, herido por una flecha, fue llevado, en la huida, a una casa, en una pequeña granja y escondido, pero alcanzado por el enemigo que iba tras él, pereció dentro de la casa, presa de las llamas. Para que el testimonio de su castigo y el de la ira divina sirvieran de ejemplo terrible para la posteridad, el emperador fue privado de un entierro ordinario.

Paulo Orosio. *Historiarum adversum paganos libri septem*. Estudio preliminar, versión y notas de Enrique Gallego-Blanco. Barcelona: Puvill Libros S.A., 1983, pp. 323-324.

Alarico toma y saquea Roma durante tres días

Alarico estaba a las puertas, cerca, siembra el pánico y, por último, entra en la horrorizada Roma, pero no sin antes ordenar que los que se refugiaran en los santos lugares, en particular en las basílicas de los apóstoles Pedro y Pablo, no fueran maltratados, y que permanecerían seguros; se evitaría, en cuanto fuera posible, el derramamiento de sangre aunque ansiaban el saqueo. Sucedió que el bienaventurado Inocencio, obispo de la ciudad de Roma, así como el justo Lot fue salvado de Sodoma, también él, por la oculta providencia de Dios, se encontraba entonces en Rávena, y no vio la destrucción del pueblo pecador. Todo lo cual es prueba de que el asalto a Roma se debió más a la ira de Dios que al valor del enemigo...

Los bárbaros partieron voluntariamente a los tres días de su entrada en la ciudad, después de haber quemado un número de edificios, pero no tantos como en el año 700 de la fundación de la ciudad...

Fue en este ataque cuando Gala Placidia, hija del príncipe Teodosio y hermana de los emperadores Arcadio y Honorio, fue capturada por el pariente de Alarico, Ataulfo, con quien se casó como si, por decreto divino, Roma la hubiera entregado en rehenes y en prenda. Placidia fue de gran beneficio al estado a causa de su matrimonio con este poderoso bárbaro.

Paulo Orosio, *ut supra*, pp. 335 - 337.